

## CAPITULO VI

### REALIDAD DE LO SOBRENATURAL.

Probado dejamos que la necesidad de creer va en pos de un objeto que es real, siquiera inmaterial, y que la expresion de esta necesidad, ó sea la religion, debe ser exteriormente sensible, áun cuando su objeto no lo sea. Añadamos ahora, que es de esencia en este objeto no sólo el ser sobrenatural, sino que además es necesario que sea sobrenatural, por lo mismo que la naturaleza no puede por sí sola descubrirlo, ni imponerlo, ni circunscribirlo. Ocasion es esta la más apropiada para hacer notar que los filósofos que admiten el acto creador, es decir lo sobrenatural en la causa del mundo, son los que mé-

nos fundamentos tienen para rechazarlo en sus efectos: de aquí la razon del famoso axioma, *nada fuera, nada sobre la naturaleza*, que constituye la fórmula exacta de toda negacion que no cree en un autor de la naturaleza; pero esta misma fórmula constituye una contradiccion en boca de un espiritualista, que, en el mero hecho de reconocer un Dios distinto de la naturaleza y superior á ella, admite en su filosofia lo sobrenatural que no quiere admitir en la religion.

El presente capítulo se dirige á tales ilógicos deistas. Porque no basta demostrarles que el objeto de la religion debe ser sobrenatural, importa saber si lo es en realidad. ¿Hállase el hecho de acuerdo con la teoría anteriormente anunciada? Esta es la cuestion capital, pues Spinosa sienta, no recuerdo donde, que habria abrazado el cristianismo si hubiese llegado á creer la resurreccion de Lázaro. Su conclusion estaba perfectamente fundada; por consiguiente, lo que importa es sentar y establecer de un modo claro y terminante las premisas que él no supo descubrir. El milagro no constituye, como el vulgo imagina, el conjunto de lo sobrenatural; sino que lo sobrenatural se halla ordinariamente certificado por el milagro, segun se desprende de

esta celebre definicion: *El milagro es el título de crédito de la Divinidad.*

Lo sobrenatural en su acepcion más lata, y al propio tiempo más óbvia, puede definirse una accion especial de Dios, ora en el órden intelectual, ora en el órden fisico, ora en el órden moral, que produce efectos superiores á las fuerzas de la naturaleza. Considerado en este conjunto, y aun podriamos añadir bajo esta reunion de prodigios, lo sobrenatural se extiende hasta constituir no solo la prueba, sino tambien la esencia de la religion. De tal manera que defendiéndolo combatimos *pro aris et focis*, y Dios y el mundo se hallan igualmente interesados en esta reivindicacion de la fé contra el naturalismo.

Entre los adversarios de lo sobrenatural, pueden fácilmente distinguirse tres cuerpos de ataque, de distinto color y procedencia. El primero avanza en nombre de la razon pura, y dice: *A priori*, lo sobrenatural es imposible, por consiguiente no existe. A estos les contestamos tambien en nombre de la razon pura: *A priori*, es imposible que lo sobrenatural no exista, luego existe.

El segundo se adelanta en nombre de la naturaleza y nos dice: La naturaleza constituye



el conjunto de la obra divina, por consiguiente, cuanto está fuera de ella ó es superior á ella, no puede ser admitido. A lo cual contestaremos. La naturaleza no constituye el conjunto de la omnipotencia divina, sino que constituye la base y el lugar de espera de un coronamiento futuro, por consiguiente lo sobrenatural que constituye el remate y no una superfetación de la naturaleza, debe ser admitido.

Adelántase, por último, el tercero en nombre de la crítica histórica y dice: Nadie ha verificado científicamente lo sobrenatural, por consiguiente, sólo puede admitirse como simbólico ó legendario. A lo cual contestaremos en nombre de la historia. Lo sobrenatural se halla tan bien establecido, como los hechos más incontestables de lo presente y de lo pasado; por consiguiente no es ménos incontestable que dichos hechos. En términos más concisos vamos á demostrar la realidad de lo sobrenatural teniendo en cuenta que: 1. ° la razon lo exige; 2. ° la naturaleza lo desea; y 3. ° la historia lo atestigua.

## I.

Cuando el racionalismo espiritualista sostiene que no existe lo sobrenatural porque es imposible, prescinde de la realidad para encerrarse en un *á priori* arbitrario, y á fin de declinar la evidencia, se contenta con hacer sofismas. Cuando nosotros afirmamos la existencia de lo sobrenatural, porque es indispensable su existencia, permanecemos fieles al sistema experimental; nos fundamos en los hechos y no en una teoría complaciente para establecer nuestro punto de partida: por consiguiente, estamos autorizados para decir que la razon reclama y exige lo sobrenatural, por lo mismo que constituye la única religion garantida, la única religion posible.

Sus relaciones lógicas con la religion, pueden ser probadas por la misma filosofia espiritualista. Comprendese perfectamente que los ateos y los panteistas, acostumbrados á sepultar á Dios en la naturaleza, atado de piés y manos, segun expresion de Heine, se sepulten á su vez del

propio modo; pero debe convenirse tambien en que admitir un Dios personal y almas inmortales, y entre Dios y esas almas comunicaciones positivas, por medio de homenajes de dependencia de una parte, y de atenciones paternales de otra, no es más que la inauguracion de lo sobrenatural hasta el dominio de la filosofia. Un Dios creador de la naturaleza, y por lo mismo, independiente y señor de la naturaleza, pertenece á lo sobrenatural. Toda accion de la Providencia especial, distinta de las fuerzas de la naturaleza, pertenece á lo sobrenatural. En una palabra: Dios, atendiendo á una plegaria, pertenece á lo sobrenatural, porque en el momento en que dejan de ser necesarias estas relaciones entre el Creador y la criatura, escapan al engranaje de las causas y efectos ciegos que constituyen la naturaleza. Resulta de lo dicho, segun fácilmente puede comprenderse, que la diferencia existente entre el naturalismo espiritualista y nosotros, consiste en que aquel admite los milagros invisibles, y nosotros solo creemos en los milagros sensibles: en otros términos; en que el primero admite el comercio real, nominativo, si así puede decirse, de Dios con cada uno de los hombres, para la conservacion, el

paso que nosotros lo estimamos no ménos admisible por la revelacion.

Dicho se está que no debe absorberse el órden de naturaleza en lo sobrenatural; pero aun respetando esta distincion, es innegable que resultan extra-naturales las libres relaciones entre el amor de Dios y nuestro amor, en cuanto se halla aquel colocado fuera de la naturaleza. ¿Qué falta pues á semejantes relaciones para ser clasificadas en la categoría de los milagros? ¿Ser hechos aparentes, no ciertos; ser hechos derogatorios de las leyes de la naturaleza? Fijémosnos en esta distincion, importantísima: la naturaleza fisica, partiendo de la base de que está sometida á leyes inmutables pertenece al dominio de la fatalidad; en cambio la naturaleza moral constituye el teatro de la libertad. ¿Puede pues concebirse, que Dios sólo pueda responder á las súplicas de la libertad humana, en virtud de un órden inexorablemente mecánico? ¿Y el supremo ordenador confiaría á la fatalidad, el gobierno del imperio de la libertad; á las fuerzas ciegas de la materia, la direccion, ó mejor, la opresion de los espíritus? Esto sólo puede concebirse admitiendo una inmanencia inerte del Creador en su creacion. Ahora bien, reconociendo la trascendencia del obrero sobre su obra, de-



be trabajar en ella constantemente, si n<sup>o</sup> para perfeccionarse á sí mismo, lo ménos para ejercer acto de soberanía, y no convertirse en esclavo de su propia obra.

Debe convenirse por consiguiente en que el milagro que sobrepuja al orden de la naturaleza física, se halla perfectamente de acuerdo con las leyes de la naturaleza moral. Así se explica que los incrédulos materialistas que solo reconocen la primera, concluyan diciendo: lo sobrenatural es imposible, luego no existe: y así se explica también, que los racionalistas espiritualistas que reconocen por algo en el conjunto de las cosas, la personalidad de Dios y la del hombre, es decir, los dos agentes de la libertad, se vean obligados á volver el argumento al revés, diciendo: es imposible que no exista lo sobrenatural, luego existe.

Es imposible que no exista, si nos fijamos en el hombre, y más aun si tenemos en cuenta la humanidad. ¿Qué es lo que hace Dios obrando milagros? Comunica una expresión popular y social á la economía oculta que acabo de exponer. Para que Dios y su acción fuesen mejor conocidos, y para que todos los hombres recibieran al par la debida enseñanza, sería indispensable trasladar el milagro, de la conciencia individual

á la plaza pública. Lo sobrenatural encerrado en el interior de una alma sola, puede ó pasar desapercibido, ó considerarse fantástico: lo sobrenatural á la faz del mundo se impone, y no puede ménos que imponerse. Y hé aquí cómo tratándose de las operaciones divinas, todo hasta lo incomprendible, se justifica y se explica. No consintamos pues en que se nos arrebathe la religión de lo sobrenatural, puesto que es la única practicada y practicable. Sin ella Dios y el hombre no son más que dos potencias unidas por vínculos ineficaces, que en la sombra y el silencio se extinguen como dos fuerzas que no pueden evitarse. Con ella Dios y el hombre son dos amores que se solicitan desde el cielo á la tierra, libres siempre de huirse, y siempre felices por encontrarse.

Ordenamiento bellissimo, en virtud del cual el Autor del universo para alcanzar la salvación de las almas, no se desdeña de tocar los rodajes con el objeto de demostrarles, lo poco que estima á éstos en comparación á aquellas: en suma, por su propia libertad sobre la nuestra, que es como si dijéramos, obrando como una persona, sobre otras personas, no como una fuerza sobre otras fuerzas, y fundando entre él y nosotros

esta union por encima y más allá de la naturaleza, que es la esencia de lo sobrenatural.

Entiéndanlo bien esos deistas distraídos y poco fieles á su principio: el milagro no es un desenvolvimiento inútil del poder divino, sino su manifestacion lógica. Un Dios más grande y más elevado que el mundo, constituye ya de por sí el más grande de los milagros; atacar la posibilidad de los otros, es destruir la certeza del primero. De manera que no cabe à aquellos más recurso, que ó negar á Dios, ó reconocerle el derecho de mostrarse por medio de intervenciones que revelan su poder. Un Dios sin el derecho de hacer milagros, equivale à un Dios desprovisto de la facultad de moverse y de hablar; no es un Dios: es un ídolo; del mismo modo que un hombre que rehusa escuchar ese lenguaje sublime de Dios, es ateo sin darse cuenta de ello, pretendiendo ocultárselo; en manera alguna un hombre religioso.

Tenemos, pues, que lo sobrenatural es la única religion lógica; añadamos ahora que es la única religion garantida. Hay un sobrenatural visible que prueba el que no lo es. Bajo este punto de vista lo sobrenatural se sirve de prenda à sí mismo, en cierto modo, porque, si por sus misterios es la dificultad, por sus milagros

es la solucion. Dios, segun se ha dicho, es el milagro en potencia; el milagro es Dios en accion. En el primer caso lo sobrenatural se oculta; en los demas, lo sobrenatural se pone de manifesto, y al paso que no faltan hombres de letras que no creen en el Evangelio por oposicion á la presencia de lo sobrenatural, puede decirse que en rigor no deberian creer en él, en el caso en que hubiera ausencia.

Convenido que habria debido bastar la naturaleza para ponernos de manifesto à su autor. «Mas la naturaleza, à pesar de la belleza de sus espectáculos, acaba por parecer ménos admirable à consecuencia de la costumbre adquirida de admirarla (1).» Lo cierto es que los grandes espectáculos de la naturaleza más bien han servido á una ciencia corrompida, para formular objeciones contra el Dios Creador, que para testificar su gloria. Por esto, añade San Agustín, Dios, en tiempo oportuno realiza obras superiores á la naturaleza, à fin de herir á la humanidad por medio de golpes si nó más grandes, por lo ménos más singulares dando al par una demostracion de su existencia y poder, que

(1) S. Agustín San Juan, comend.



no sea debilitada por la costumbre, ni susceptible de ser oscurecida por la sofística.

Convenimos también en que el milagro podría ser puesto en duda como hecho; pero es imposible que lo sea como prueba, y por lo mismo que esta prueba es cierta, la incredulidad se empeña en destruir la certeza del hecho. Tales sorpresas constituyen la notificación más auténtica del acto de Dios en medio de la creación: porque cual acontece con ciertas obras maestras de mecánica por demás complicadas, cuyos inventores son los únicos que pueden desmontarlas sin descomponer los resortes, sólo su autor, es capaz de modificarla de tal modo sin destruirla. Por esto cuando los espíritus se hallan acostumbrados á las maravillas ordinarias de la armonía universal, Dios despierta su atención por medio de variantes y sorpresas inesperadas. En el momento en que la humanidad, familiarizada, por ejemplo, con los prodigios de la ley *Creced y multiplicaos*, la juzga como resultado exclusivo de una energía natural; Dios promulga esta excepción inesperada al curso ordinario del nacimiento y de la muerte: *Lázaro, alza de la tumba*; de manera que aquellos que no le ven en el perpetuo milagro de la creación, no pueden más

nos, que adorarlo en el extraordinario milagro de la resurrección.

He hablado del milagro de la creación, ¿qué necesidad hay de probar los demás á los que admiten éste? ¿Acaso el Dios personal, repito, no constituye el primer milagro? ¿Por ventura no es el segundo la creación? ¿Y la conservación no constituye el tercero? ¿Con qué derecho, pues, se niegan los menores, confesándose como se confiesan los más notables? No se nos venga con nuevas objeciones respecto de la potencia, ó mejor de la impotencia suprema. Siendo inmutables, no necesarios los movimientos de la creación, los hechos milagrosos habrían podido ser establecidos como la regla, y ¿por qué no ordenados á títulos de excepción? La verdad es que no constituye para Dios mayor dificultad hacer retrogradar el sol sobre el horizonte, que hacerlo ascender por él; devolver la vida al cuerpo, que consedérsela; comunicar el conocimiento de lo porvenir, por el don de profecía, á la inteligencia, que resucitar lo pasado, por los fenómenos de la memoria. De manera, que «la cuestión de saber si Dios puede derogar las leyes por él mismo establecidas, sería impía, si no fuese absurda. Al que la resolviera negativa-

mente, se le haría demasiado honor castigándole, debería encerrarsele (1)."

No tienen más valor las objeciones hechas en nombre de la inmutabilidad soberana, porque habiendo previsto Dios sus milagros al propio tiempo que las leyes modificadas por los mismos, tan inmutable es obrando dichos milagros, como observando esas leyes. Hay filósofos espiritualistas que prescriben la oración como súplica, so pretexto de que implora de la bondad de Dios un cambio en las leyes que no puede derogar y que concede en virtud de la solicitud de un milagro. Me gustaría saber si esos señores prescinden de llamar al médico cuando están enfermos, teniendo en cuenta que el curso normal de los decretos divinos no puede ser torcido por la ciencia. ¿Por qué la libertad humana ha de ser más impotente en el orden moral que en el orden natural? ¿En qué su acción es más contraria à la inmutabilidad divina, en el primer caso que en el segundo? No; no, Dios lo ha previsto todo, pero condicionalmente al libre curso de su criatura; por consiguiente, reservándose el llegar à un término invariable por cami-

(1) Juan Jacobo Rousseau.

nos que varían, es decir, llegando al fin por una excepción à la regla si se lo pedimos, por la aplicación de la regla si no se lo pedimos.

Así, en este magnífico ordenamiento que comprende las leyes y las derogaciones, el milagro no constituye un cambio, puesto que Dios al operarlo, obra conforme à sus eternas previsiones; ni un retoque, porque modificando la naturaleza, va en pos de un designio más vasto, al cual la misma naturaleza está subordinada como instrumento; ni una violación, porque por encima de todas las leyes existe una más general que somete la creación en su existencia al autor supremo, en sus movimientos al supremo motor, y en su fin al fin de todas las cosas. Prescindiendo de esta economía, sólo queda lugar para la fatalidad musulmana. Mas, si nos viéramos forzados à abrazar esta religión de la desesperación, nos sería imposible vivir en ella, porque la humanidad jamás ha comprendido que la perfección de Dios le quitara el poder de hacernos bien. ¿Y no es una prueba en favor de los milagros, el que estemos siempre dispuestos à negarlos, y que siempre nos veamos obligados à esperar en ellos?

Finalmente, nada de objeciones en nombre de la sabiduría divina. Por esos toques de maes-



tro, distribuidos aquí y allá en los acontecimientos del mundo, es principalmente por lo que pone Dios de manifiesto su intervencion en él. Al contrario, la perpétua uniformidad de sus relaciones con la naturaleza, tendería à hacerlo confundir con ella. No detengamos, pues, su brazo, so pretexto de su solicitud por su dignidad: nada es más digno de Dios que probarse á sí mismo, haciendo acto de libre presencia en los movimientos del universo. No vayamos á hundirlo, pues, para siempre jamás en el sudario de sus propias obras, diciendole: No os movais y creyémos en vos. Si se le niega obrando, ¿qué sería permaneciendo inactivo? Una vez más, plaza á la libertad de Dios en el gobierno de su creacion, porque el día que sea el cuatavo eterno de las leyes por él decretadas, acontecerà otro tanto en el alma de sus hijos respecto de su santa imágen y de su religion.

«Con la fé en el milagro, dice un crítico poco sospechoso, sería perdido el secreto de la vida divina. ¡Ah! se habla mucho de espiritualismo cristiano, de religion de la conciencia, y hasta hay quien imagina ver un progreso en la religion, en el abandono del milagro! ¡Ojalá pudiera expresar con toda la vehemencia de mi corazon, cuánto semejante opinion tiene para mí de

repulsiva! Cuando la fé en el milagro siento que vacila en mí, veo tambien debilitarse ante mis miradas la imágen de mi Dios: pualatinamente va dejando de ser el Dios libre, viviente, personal, el Dios con el cual habla el alma como con su amigo, y una vez interrumpido este santo diálogo, ¿qué queda?... Nada de cielo sobre nuestras cabezas. ¡Oh! no lo dudeis, lo sobrenatural es la esfera natural del alma, es la esencia de la fé, de su esperanza, de su amor (1).»

¿Qué significan, preguntamos ahora, estos actos de fé escapados á aquellos que no creen? Que lo sobrenatural es, en cierto modo, inevitable, y que por lo mismo que constituye la única religion posible, por una inclinacion natural del corazon se vuelve à él, cuando á consecuencia de un crimen de la razon, se ha llegado á prescindir del mismo. Si, lo sobrenatural, considerado por la filosofia negativa como un rebajamiento y un yugo intolerable del pensamiento, constituye por lo contrario su encanto necesario; tanto, que el hombre no sabé ser religioso sin lo sobrenatural, y que la historia no ha contemplado en todo su curso la existencia de una re-

[1] Scherer, *Miscelánea de crítica religiosa*.

ligion exclusivamente natural. La creencia en el milagro es tan antigua como el mundo y tan universal como el género humano. Entre los paganos se extiende hasta las más locas supersticiones, y entre los incrédulos hasta la más ridícula credulidad. ¿No se ha visto acaso al siglo décimo octavo que derribaba impasible los templos, temblar como un azogado junto el tripode de Mesmer; y al décimo nono, después de haber intentado *derribar la bóveda celeste*, inaugurar por medio de truenos de comedia y otras terroríficas fantasmagorias las iniciaciones de las sociedades secretas? De manera, que hasta esos hechos demuestran que la propension del hombre à lo sobrenatural, es más poderosa que su propia voluntad, y que en cuanto ha conseguido combatirla, en perjuicio de la fé, se apresura à restablecerla en provecho del fanatismo y de las pasiones.

Por consiguiente, la filosofia se equivoca cuando considera lo sobrenatural como una especie de ilusion ante-humana. «Precisamente el alma aspira à algo, sobrehumano no ante-humano, y ese algo lo espera de lo sobrenatural. El mundo finito entero, con todos sus hechos y todas sus leyes, el hombre incluso, no basta al alma del hombre; quiere tener algo más grande que com-

templar y amar. De esta ambicion sublime y suprema nace y se nutre la religion.

«Sea, pues, la que se quiera la corriente de los tiempos modernos, la abolicion de lo sobrenatural es una empresa difficilísima, por no decir de imposible realizacion. La creencia en lo sobrenatural, ha sido el manantial y continúa siendo el fondo de todas las religiones.»

¿De quién procede esta solemne voz? A la verdad no es hija de una autoridad católica; pero cuanto ménos se inspira en la Iglesia ese testimonio, más imponente es para la negacion, máxime cuando con una especie de acento profético exclama:

«Desengánense, pues, los que se jactan de cristianos, áun despues de haber abolido la creencia en lo sobrenatural, porque lo que ellos destruyen es la misma religion en general, y particularmente la religion cristiana. ¿Se ha pensado en lo que se hacía? ¿Se ha imaginado lo que serian los hombres y las sociedades si desapareciera realmente la fé? No quiero deshacerme en lamentaciones morales y en presentimientos siniestros; pero no vacilo en afirmar que no hay imaginacion alguna capaz de representarse con la verdad necesaria, lo que sucederia en nosotros y al rededor de nosotros, si el lugar que



ocupan las creencias cristianas se encontrara vacío de repente y su imperio anonadado (1)."

Al término de este desenvolvimiento y ante el naturalismo espiritualista levántanse dos argumentos. El primero encierra una cuestion de principios. ¿En qué consiste que esta escuela que no quiere admitir en el hombre dos vidas diferentes, la de la naturaleza y la de la sobrenaturaleza, pueda refutar el materialismo que niega, por los mismos motivos la doble vida del cuerpo y del espíritu? Los moderados de la negacion rechazan lo sobrenatural so pretexto de que nadie lo ha visto ni tocado; pero puede volverse inmediatamente contra ellos ese razonamiento imprevisor. Dios, el alma, el mundo megal, la misma religion natural, es decir, todas las verdades impalpables serán eliminadas á su vez en virtud de semejantes fines de no aceptar. Así el racionalismo espiritualistas de los últimos cincuenta años ha sido el precursor lógico del racionalismo positivista de nuestros dias; y la misma filosofía que nos libró del sensualismo de Condillac, cae en él por haber ensayado en vano á mantenerse encima, sin el apoyo de lo sobrenatural.

(1) *Crónicas Adiciones, 1ª edición.*

El segundo argumento encierra una cuestion de prudencia y de moralidad. ¿Qué freno podrá emplearse contra las pasiones, que supla debidamente al de lo sobrenatural? Léjos de ser incompatible con el progreso como pretenden los jueces interesados, constituye su condicion indispensable; eleva á los pueblos sobre el nivel de los horizontes terrestres, y los lleva hácia lo infinito y casi todo cuanto hacen grande en el orden de la virtud, lo cumplen bajo este impulso saludable. Por el contrario, una vez caída de las alturas de lo sobrenatural, la humanidad no hace más que una corta permanencia en el naturalismo espiritualista; al cabo de poco tiempo, manchada y moribunda se precipita desde esas regiones ideales á la sima del materialismo, y pasando del de las ideas al de las costumbres, se la vé mutilada y embrutecida en cierto modo del lado de la cabeza y del corazon, tendiendo á absorberse en los sentidos. ¿Qué no será capaz de ensayar esa escuela de barbarie? Desgraciadamente, ó por mejor decir, afortunadamente no hay ejemplo de civilizacion alguna en que lo sobrenatural, verdadero, ó falso, no haya hecho algun beneficio. El dia en que los pueblos se conviertan en naturalistas, los filósofos, espantados de su obra dejarán de serlo.

## II.

Lo sobrenatural está conforme con las exigencias de la razón. ¿Hállase en oposición con la naturaleza? Cierto que la domina, pero no puede decirse que le sea contrario. Si se considerá á la naturaleza bajo estos dos aspectos generales, el orden físico y el orden moral, resulta que, si así puede decirse, es simpática á lo sobrenatural. Físicamente lo acepta como una armonía, y moralmente como un complemento.

Si, lo sobrenatural es una armonía aunque las apariencias lo presenten como una disonancia. Por supuesto que yo me guardaría muy bien de proponer semejante idea á un adorador de la unidad de substancia, porque siendo para él la materia todo cuanto existe, no podría existir cosa alguna capaz de modificar sus evoluciones. Y por otra parte, si el mundo encerrara la totalidad del ser ¿qué orden podría resultar de sus perturbaciones? Téngase en cuenta sin embargo, que la naturaleza y el mundo visible no

son mas que una porcion del ser: por encima de él está Dios, la libertad humana al lado, y el concurso armónico de estos tres agentes, constituye la armonía general. Por consiguiente cuando la naturaleza realiza un movimiento derogatorio de su mecanismo ordinario, bajo la presión de una voluntad divina, solicitada por la libertad humana, existe milagro, pero no desórden; porque ese desórden aparente de abajo es la condicion de un orden más elevado: la derogacion de la ley particular entra en las necesidades de una ley más extensa y el Creador retocando su obra física con un fin más grande que ella, compone una armonía invisible con las discordancias de aquellas que nosotros contemplamos. En una palabra, los milagros son en la economía de la naturaleza, lo que en la música los falsos tonos que contribuyen á la perfeccion de ciertos acordes.

Y no hay para qué mencionar la inflexibilidad de los resortes de la creación, relativamente á las variantes sublimes que Dios arroja á veces en medio del concierto universal. Esta inflexibilidad es constante, no necesaria. El Creador era libre de establecer como regla lo que constituye el milagro actual ¿por qué no habia de serlo, pues, para hacer brotar el milagro de la



suspension momentánea de esta regla? Las leyes porque se rige nuestro globo, habrían podido ser diferentes de lo que nosotros vemos: segun los astrónomos hay planetas que se rigen por leyes distintas de las que presiden en el nuestro: segun la paleontología, no eran en otro tiempo las mismas que hoy las leyes del universo: profetas tiene la ciencia que aseguran que en un porvenir remoto, las generaciones se regirán tambien por otras leyes. ¡Y Dios, con un fin sobrenatural, no podría ejercer aquí el imperio que de otro modo se le reconoce? ¡Y en tanto que el hombre tiene la pretension de obrar revoluciones en la obra divina, su autor tendría ménos derecho y ménos poder? ¡Extraña contradiccion! Los pensadores de nuestro tiempo tienen por cosa facilísima el que el rayo, la tempestad y la creacion entera se sometán à su voluntad, y sin embargo, no saben comprender la docilidad de la naturaleza cuando no es el génio el que manda, sino la virtud del hombre servida por la omnipotencia divina; y no obstante, ¿puede darse cosa alguna más legítima que este movimiento de la creacion bajo la doble autoridad de su rey y de su autor?

Si la naturaleza física acepta lo sobrenatural como una diversion armónica, la naturaleza mo-

ral la solicita como su complemento. Aquí se ofrece à nuestra atencion esta cuestion preliminar. ¿Cuál es la nocion dogmática de lo sobrenatural? Para definirla bien, importa determinarla perfectamente y para demostrar con mayor perfeccion en qué consiste lo sobrenatural, empiezo por decir lo que no lo es.

Desde luego debemos manifestar que no lo es lo misterioso, porque el órden natural tiene tambien sus misterios no ménos incomprendidos é incomprensibles que los de la religion.

Tampoco es lo maravilloso, el espiritismo, por ejemplo, ó la demonología, porque aun cuando todo esto supone fenómenos y fuerzas que se hallan fuera del curso regular de la naturaleza, no es más que una manifestacion de lo sobrenatural; pero no lo sobrenatural.

Por último, tampoco es lo milagroso, por lo ménos subordinado al órden físico, porque si bien es cierto que el milagro así entendido, es un aspecto y la firma divina de lo sobrenatural, no constituye la esencia, pues lo sobrenatural, segun luego veremos, es la reunion de muchos órdenes de milagros.

¿Qué es, pues, lo sobrenatural? Vamos à explicarlo de un modo tan comprensible como lo consisten las cosas superiores à los sentidos,

Entre Dios y el hombre existen relaciones esenciales que emanan de los derechos del Creador, existentes en Dios, y de los deberes de la criatura que incumben al hombre. De aquí resulta un comercio primordial establecido entre uno y otro, bajo el nombre de religion natural. Mas como por los motivos anteriormente indicados, semejante religion no era bastante, Dios añadió á estas relaciones fundamentales una intimidad más elevada entre él y el mundo. Siendo la razon como dice Leibnitz, una revelacion natural de la cual Dios es el autor, ¿habria dejado incompletas su obra y nuestra educacion, prescindiendo de dotarnos de una segunda revelacion, que viene á ser una especie de razon sobrenatural? En una palabra, ¿despues de haber hecho de nosotros sus obras maestras por vía de creacion, ¿no nos ha constituido hijos suyos por vía de adopcion? El naturalismo dice que no; pero la humanidad responde afirmativamente y esta conviccion se halla justificada por la universalidad y la perpetuidad de las religiones sobrenaturales.

Segun estas premisas lo sobrenatural no es más que una participacion de la humanidad en las creencias, en las obligaciones, en una fuerza y en las esperanzas superiores á la naturaleza.

En el cristianismo, las creencias sobrenaturales son la revelacion; las obligaciones sobrenaturales, son los preceptos evangélicos; la fuerza sobrenatural es la gracia; la esperanza sobrenatural, es la vision beatifica. Estos cuatro prodigios forman la economia de este prodigio genérico, lo sobrenatural; y vienen á resumirse en Jesucristo, que es su centro como autor de la fé, promulgador de la ley, fuente de la gracia, y mediador de la vision celeste. En otros términos: la religion natural es Dios y la humanidad, conociéndose mutuamente; pero separados por abismos incommensurables: lo sobrenatural son los cielos y la tierra puestos en comunicacion, porque entre ambos extremos se halla el Dios-hombre tendiendo una mano al hombre y una mano á Dios y juntádoles en la union inefable de su personalidad (1).

Dada esta explicacion, no me sorprende que Pascal haya dicho: "Sólo se conoce á Dios útilmente por medio de Jesucristo: sin Jesucristo el mundo no subsistiria, porque ó bien seria indispensable destruirlo, ó convertirlo en un in-

(1) Como todavía no hemos demostrado cual es la verdadera religion, invocamos el cristianismo, no á título de prueba sino como ejemplo explicativo.



fierno (1).» Sí, no cabe duda que Jesucristo es al par el punto culminante desde el cual la vista se extiende sobre todo el panorama de lo sobrenatural, y la fuente de donde emanan todos los beneficios de la vida sobrenatural.

Concebido de este modo lo sobrenatural, ¿puede decirse que constituya una tiranía contra la naturaleza? Todo lo contrario, puesto que más bien puede decirse que forma su remate y su gloriosa restauración. Ciertamente que la humanidad, en el estado de inocencia, se hallaba constituida en el orden sobrenatural; pero este repara su caída siquiera la haya precedido.

El hombre es un Dios caído que se acuerda de los cielos,

y del fondo del abismo, contempla con mirada melancólica las altas cimas en que discurrió su infancia, y aspira incesantemente a reconquistar la patria perdida. Ahora bien, la asunción de la humanidad hacia sus grandezas originales, se realiza mediante el concurso de lo sobrenatural.

Esta acción múltiple se compone, si así puede decirse, de cuatro milagros. Y aquí me veo en la precisión de suplicar al escepticismo de mi

(1) Pensamientos.

lector, que no me salga al paso diciendo que no hay milagros, porque si bien es cierto que los prodigios del orden físico son menos frecuentes que en otro tiempo, consiste esto en que son más numerosos los motivos de credulidad. La conversión del mundo, que es el milagro más sorprendente del cristianismo, á los ojos de una razón atenta, vale para todos los demás. Proveyendo Dios á nuestra fe de socorros proporcionados á sus dificultades, los primeros cristianos pudieron distinguir muchos más prodigios por lo mismo que no habían contemplado el cumplimiento de las profecías, que es un prodigio *siempre subsistente* (1). Para nosotros que somos testigos de ello, la concesión de mayores garantías, lejos de proporcionarnos más luz, nos deslumbraría completamente.

Esto sentado respecto de los milagros de lo pasado, vengamos ya á los que no cesan jamás, y consideremos desde luego el milagro de las creencias sobrenaturales.

Es una verdad elemental que la razón sola es moralmente incapaz de fijar, sin mezcla de error, el código de las verdades siquiera naturales.

(1) Pensal. Fenomenología,  
tomo I.

Ahora bien, á esta laguna de la razon, el cristianismo adapta una vision complementaria, la fé, y gracias á las luces que de la misma se desprenden, la revelacion se prueba por el esplendor de sus efectos á aquellos que no la reconocen en sí misma. "Al presente el pueblo tiene tanta conviccion y vé tan claro en aquellas cuestiones, respecto de las cuales los filósofos sólo pueden contestar balbuceando, que hace más sábios un simple cura de aldea, con sus instrucciones familiares, de los que con todos sus pomposos discursos podria hacer el mismísimo Platon (1)." Aquí pues estaríamos en el caso de repetir á aquellos que piden milagros: abrid los ojos, el género humano estaba ciego y vió: ¡*Cæci vident!*

Pero todavía no es esto todo: considérese ahora el milagro y el beneficio de las obligaciones sobrenaturales.

La virtud tiene eminencias á las cuales jamás podrá alcanzar la naturaleza abandonada á sí misma; y halla en el deber dificultades que suprime, convencida de la imposibilidad que tiene de vencerlas. Solo lo sobrenatural ha sido ca-

[1] *Prælectiones Conferentiarum.*

paz de producir ciertas creaciones al mismo reservadas. ¡Quién es que en el número de esas rarezas evangélicas no ha contado la humildad, la castidad, la caridad de la beneficencia del apostolado, del martirio, y en fin esa ascension suprema en la escala de la moralidad, que se llama santidad; realizacion ideal de la perfeccion, de la cual, no da ni la nocion ni la fuerza, filosofía alguna de cuantas existen y han existido; Thabor sublime de la grandeza moral, por la cual el hombre no se transfigura en manera alguna sin un concurso especial de Dios, porque este estado es igualmente sobrenatural para quien tiene en cuenta la corrupcion natural, como lo seria el de un organismo, que libre de las leyes de la gravedad, marchara al través del espacio! Hé ahí pues un segundo milagro no ménos permanente que el primero: el género humano se hallaba cubierto de lepra y fué curado: *Leprosi mundantur.*

Viene despues el milagro y el beneficio de la fuerza sobrenatural.

Es un hecho fuera de toda duda que la voluntad humana es naturalmente incapaz de realizar todo el bien á que aspira, y que á veces sin quererlo y hasta á consecuencia de estériles é incomprensibles deseos de virtud realiza el mal.



«El hecho de la impotencia de la razón y de la voluntad en teoría y en práctica, es cierto y evidente:» dice Bossuet. Pero hé aquí que lo sobrenatural tiende su robusta mano á este poder que desfallece, y no contento con esto, á la energía humana reducida al último apuro, le dá un motor divino, la gracia: por medio de esta fuerza sobrenatural es posible al hombre triunfar de sus vicios naturales. Trasladados con la imaginación á una biblioteca de Bolandistas, y comparando los santos del cristianismo con los de Plutarco, es decir la humanidad transfigurada por la gracia, con la humanidad henchida por el estoicismo y en presencia del que hace diez y ocho siglos se está realizando en el mundo, os desafío á que os atreváis á negar los milagros: el género humano estaba cojo y anda: *Claudi ambulanti.*

Finalmente, ¿puede darse milagro mayor que el de las esperanzas sobrenaturales?

Nada más incierto para la religión natural que nuestro destino futuro. Rousseau, cansado de no descubrir más que el vacío en su eternidad de deísta, exclama: «Filósofos, acabad ya de recorrer la campiña, y decidnos de una vez

con qué sustituis el cielo y el infierno (1).» Pues bien, lo sobrenatural disipa estos densos celajes. Nos pone de manifiesto al hombre brotando del seno de Dios por la creación, separado de Dios por el pecado, vuelto á Dios por la redención, y unido á Dios por el abrazo indisoluble de la glorificación. De esta suerte, nuestro destino se ilumina y adquiere inmensas proporciones de uno á otro extremo, y esta necesidad de ver la verdad esencial, que es al par, el tormento y el onigma de nuestra peregrinación sobre la tierra, se encontrará satisfecha con la posesión definitiva de Dios. En otros términos, el poder que hace revivir en la tierra las almas por la gracia, reanimará los cuerpos por las felicidades de la gloria; y los milagros encadenándose de esta suerte con los milagros, harán que los ángeles canten sobre el sepulcro glorificado del género humano, como al presente cabe los confesonarios y las fuentes bautismales: Los muertos han resucitado: *Mortui resurgunt.*

En resumen, lo sobrenatural no está en oposición con la naturaleza física. Si uno de los hombres fósiles que se pretende haber descubier-

(1) *Rémillo*, t. III, p. 157.

to entre los restos de un mundo inferior à este, hubiese oido decir que llegaria un dia en que conversáramos de uno á otro hemisferio al través de las olas del oceáno, de seguro habria acojido con la risa del inerédulo el anuncio de la telegrafia eléctrica. Reconozcamos pues en Dios el poder de los milagros, de que nos ha hecho casi donacion, y no hagamos de lo sobrenatural lo sinónimo de lo imposible. La naturaleza moral lo acepta por su parte como su complemento, en vez de rehusarlo como cosa impropia y fuera de lugar. La naturaleza moral es una realidad suprema, ineludible, que los naturalistas, acostumbrados á no ver cosa alguna más allá de sus floras y de sus faunas, por lo comun tan erróneas, deberían cuidar de no omitir en sus clasificaciones. A poco que sobre el particular se la consulte, responde que lo sobrenatural no la fatiga con un peso inútil, sino que la completa; que no constituye para ella una superfetacion, sino un felicísimo remate; y el hijo de Adán que no comprende estas cosas, ni sabe lo que es religion, ni conoce siquiera lo que pasa en su interior.

## III.

¿De qué sirve, no obstante, que lo sobrenatural halle gracia ante la razon y ante la naturaleza, si está condenado por la historia? Téngase en cuenta que la critica moderna, cual si se tratara de lanzarle otros tantos retos, le ha dirigido una dilatada série de preguntas á las cuales se vé precisado á contestar, so pena de caer en descrédito. En primer lugar le dice: ¿Quién ha visto lo sobrenatural? Y suponiendo que sea visible; ¿quién es capaz de comprobarlo? Y dado, que pueda comprobarse, ¿quién es capaz de distinguir lo verdadero de lo falso? La refutacion de esas insidiosas objeciones, existe íntegra en el desenvolvimiento de esas tres afirmaciones. 1. ° lo sobrenatural se ha visto: 2. ° puede ser comprobado: 3. ° puede ser discernido.

¡Espectáculo verdaderamente curioso el que ofrecen la oposicion relativa de la afirmacion y la negacion, respecto de la cuestion de lo sobre-



natural! La afirmacion, poniendo de manifesto los anales de la humanidad dice: Miradlo; habla, obra, pasa y repasa ante nuestros ojos hace más de seis mil años; es tan cierto como aquellos hechos á los cuales dais más crédito; ó debe admitirse, ó es indispensable negar toda la historia, ya que descansa sobre las mismas garantías. ¿Qué es lo que en contra de semejante hecho podeis alegar? La negacion contesta: No tengo para qué discutirlo; es imposible. De esta suerte por medio de un *apriori* que rechaza todas las pruebas contrarias, se elude hábilmente el antiguo axioma, *ab actu ad posse valet consecutio*: la cuestion queda prejuzgada sin exámen prévio, en provecho de la parte adversa, que se proclama vencedora, por haber decretado que no tiene el deber de combatir.

La verdad es que no puede concebirse mayor petulancia, lo mismo si se fija la atencion en lo escaso de las garantías que se ofrecen, como si se considera lo extraordinario de las garantías que se exigen. Lo sobrenatural que se halla en posesion de una adhesion sesenta veces secular, tendria derecho perfecto para declinar la obligacion de aducir pruebas, y sin embargo, no se opone á suministrarlas procediendo en esto como Jesucristo, que se deja ver y tocar por todos

los discípulos incrédulos que se resuelven á acercársele y se rodea de confirmaciones textuales de tanta fuerza, que bastaria la décima parte de las garantías que ofrece, para tener por incontestables los hechos más inauditos del órden natural.

Consultemos en primer lugar la historia del linaje humano.

De su exámen se desprende que lo maravilloso no se encuentra exclusivamente en la cuna de los pueblos. Con mayor ó menor intensidad, ve mezclarse los prodigios á la trama de su historia en todos los momentos de su existencia. Siempre se ha creído en las intervenciones superiores. No existe lugar ni siglo en el cual la religion no haya sido *positiva*, es decir, compuesta de creencias y de prácticas que componen una revelacion, y por consiguiente fundada en un comercio verdadero ó fabuloso entre el cielo y la tierra. «Doquiera se presta adoracion á Dios; exclama un eminente orador, se realiza este acto en virtud de una doctrina sobrenatural. . . . Conviértase la mirada donde se quiera; péntrase en el templo que mejor plazca, y en el mismo dintel saldrán al paso la profecia y el sacramento; la profecia que es una palabra de Dios que contiene verdades inaccesibles á la ra-

zon; el sacramento que es un acto dotado por Dios de una eficacia superior á todas las fuerzas de la naturaleza (1).»

Hé ahí, pues, una propension universal y necesaria de nuestra especie. Por de contado que el imperio de los agentes sobrenaturales háse debilitado en la opinion popular, al paso que ha crecido el de la ciencia; pero ese imperio subsiste aun en los individuos y en los pueblos, sea el que quiera el grado de su cultura y civilizacion, con la circunstancia de que solo puede concluir con el mundo á que pertenecemos. Así lo exige la ley invariable de la historia. ¿Y precisamente en nuestros días despertaría la humanidad de un sueño que es coetáneo con su nacimiento? ¿Y este fenómeno, tan permanente hasta ahora, estaria destinado á pasar con el siglo decimonono? No, la naturaleza se parece á los rios que arrastran los diques opuestos á su corriente, pero que no retroceden jamás.

Consultemos la historia del paganismo:

La idolatría se estableció y se sostiene por medio de manifestaciones sobrenaturales. Desde el paraíso terrestre en el cual la falsa revelacion

(1) Lacordaire, Conferencia XXVI, t. II.

se puso en competencia con la verdadera, la razon humana marcha entre las dos, libre en su eleccion; pero obligada á reconocer que los caracteres de la falsa que rechaza, son como los de la verdadera completamente sobrehumanos. Convenido que tales caracteres no son más que una falsificacion de lo sobrenatural; pero falsificacion que constituye la prueba, puesto que ella misma está fuera del curso de la naturaleza. Recuérdense por ejemplo, las evocaciones de la pitonisa de Saul; los prestigios de los magos de Faraon; las iniciaciones de la teúrgica y de la ciencia cabalística; considérese que cada religion de la antigüedad tiene sus dioses, sus tripodes y sus medios de entrar en comunicacion con las potencias invisibles: recuérdese, en fin, que no existe ídolo que no goce de virtud, ni santuario que no cuente con sus milagros, y en vista de todo esto, dígame si son ó no dignos de lástima aquellos que pretenden explicar todos esos fenómenos como simples habilidades de juglaría sacerdotal, ó como efecto de ciertos breviajes excitantes.

Reconozco que, en determinadas ocasiones el charlatanismo de los sacerdotes pudo embaucar la pública credulidad; pero habrian llegado á ejercer tanto dominio los oráculos y las falsas



divinidades, si siempre hubiesen mentido y no hubiesen alcanzado à apoyar su crédito por medio de algunos prodigios reales? Cuando se posee el sentido de la historia, es imposible admitir semejante suposición. Por lo demas, el paganismismo moderno atestigua el mismo hecho. Los observadores ménos supersticiosos y más verídicos han visto en las maravillas de ciertas pagodas, en las de ciertos árboles encantados y en ciertas prácticas de la idolatría india, intervenciones evidentemente extranaturales, puesto que sobrepujan las fuerzas de toda superchería humana. Y esta inmixtion de un poder superior en los cultos politeístas, ¿no sería más que una pura fantasmagoría? Si así fuera, el desprecio que se supone de seis mil años, constituye un prodigio tan sorprendente como lo sobrenatural que se rechaza. Me parece mucho más sábia la siguiente conclusion de Arago. «Da pruebas de exceso de ligereza el que, excepcion hecha de las matemáticas puras, pronuncia la palabra imposible (1).»

— Consúltese la historia del cristianismo.

«Felicitémonos, escribia á su hijo el cançiller d'Aguesseau, de que los milagros en que des-

[1] *Anuario de 1863.*

cansa nuestra fé, sean hechos tan ciertos como las conquistas de Alejandro y la muerte de César.» En efecto, lo sobrenatural cristiano se halla tan perfectamente establecido que su negacion destruye toda certeza histórica. Tejido en cierto modo con la trama de la crónica general, su supresion destruye completamente las demas mallas de la red tradicional. Hay más aún; por un privilegio exclusivo, los milagros del Evangelio y de los Apóstoles han tenido por historiadores testigos oculares que han muerto en apoyo de su afirmacion. Esos testigos eran demasiado numerosos y harto diferentes, para que hubiesan logrado ponerse de acuerdo respecto de una falsedad tan complicada; y sobre todo, no eran bastante locos para sacrificar su vida en aras de la mentira que habian imaginado. De todos modos, no habrian podido encontrar, al otro día de haberla propalado, doce millones de cómplices dispuestos à sostenerla hasta la muerte; ni los padres de la Iglesia determinados à defenderla; ni diez y ocho siglos de la civilization más adelantada para servirle de juguete. ¡Y este maravilloso que, una vez anodado por una crítica quisquillosa en la historia sagrada, se encuentra en la historia profana: ese sobrenatural que de los libros del Nuevo Testa-

mento pasa á los anales de la Iglesia, de tal modo que esto solo constituiria un milagro más prodigioso que los mismos que se pretenden negar, en el supuesto de que la Iglesia no hubiese estado formada sin preparacion milagrosa, todo esto, decimos, habia de ser resultado de un engaño, puesto en evidencia, en el siglo más distante de su origen? Ocasión llegará en que probemos lo contrario; al presente yo alego contra la negacion la inverosimilitud de sus hipótesis.

Consultemos, por último, la historia contemporánea.

Lo sobrenatural, que no desaparece ante la inmensa claridad proyectada por los modernos descubrimientos, ¿tendria necesidad para acreditarse, de la oscuridad de las épocas de ignorancia?

Apelamos desde luego á nuestros procesos de canonizacion. Un protestante distinguido por su cultura, que pudo enterarse en Roma de los documentos justificativos de varios milagros, exclamó: si la Iglesia no admitiese otros que estos, tan plenamente probados, no tendríamos por nuestra parte dificultad alguna en suscribirlos. Pues debéis tener entendido, le contesté el prelado á quien se dirigia, que la Congregacion de Ritos no ha admitido uno solo de esos mila-

gros que Vos juzgais tan plenamente comprobados, por no haberlos considerado suficientemente establecidos. Dadas estas premisas, podemos apresurarnos á deducir la siguiente consecuencia: luego nuestro siglo asiste á la realizacion de milagros, y milagros que se hallan fuera de duda, ya que la canonizacion de los santos es una comprobacion tan severa de los hechos sobrenaturales, y que pocos siglos han sido más ricos que el presente en canonizaciones.

Apelo igualmente al culto de María. Trasladémonos al templo de Nuestra Señora de las Victorias, y contemos si es posible los innumerales *ex-votos* que en él se ostentan; pasemos de él al de la Fourviere y contemos tambien; al de Nuestra Señora de la Guardia, en Verdelaís, y sigamos contando; recorramos en fin todos los santuarios del universo consagrados á la Madre de Dios. ¿Y en presencia de tales y tan innumerables y perpétuos testimonios de una intervencion prodigiosa y bienhechora en provecho de las miserias humanas, intervencion tan notable que Pio VI, oida la deposicion de nueve cientos testigos de diferentes comarcas, no pudo ménos que instituir la fiesta de Nuestra Señora de los Milagros,—habrá valor para sostener,



que, relegados estos á la leyenda, no pueden formar parte de la historia contemporánea?

Apelo también á todos los observadores de los fenómenos religiosos. ¿No se han visto á veces ciertos resultados de la oracion, completamente inexplicables por medio de la ciencia? ¿Y en semejante situacion, viéndose la ciencia en grave compromiso, no se la ha visto extenderse en explicaciones absurdas, á fin de no tener que confesar lo sobrenatural? Y sin embargo esas curaciones realizadas en Pibrac, cabe la tumba del cura párroco de Ars; en Lourdes, en presencia de tantos y tantos peregrinos; han de ser mera ilusion por parte de unos y convencion ó acuerdo previo de parte de los demás? ¿Y todos esos votos de gracias que suben de la tierra al cielo y todos esos auxilios que del cielo se reclaman, solo podrian tener, lo imposible por objeto, y habian de expresar de parte de la humanidad una monomanía errónea é incorregible?

Por último, apelo hasta lo maravilloso diabólico, puesto que la medalla de lo sobrenatural puede ofrecerse por el lado de su reverso. Por lo mismo que el alma humana experimenta una necesidad invencible de mantener relaciones con el mundo sobrenatural, cuando no puede conseguirlo por medio de la verdadera revelacion

procura alcanzarlo echando mano de la falsa: y como nuestro siglo es refractario á la primera, en virtud de la ley que oportunamente dejamos enunciada, debe hallarse más que otro á merced de la segunda. Concedo á las causas naturales no estudiadas, la parte que les corresponde en ciertas apariencias maravillosas; pero hágase lo que se quiera, la falsedad histórica jamás podrá destruir la historia. Y ahora pregunto yo á la historia que no tiene previamente tomada una determinacion: ¿esas mesas giratorias ó parlantes, esos *mediums* que se expresan en idiomas que jamás han aprendido, esos veladores que se estremecen de júbilo ó de ira segun sea la impresion que se les comunica, todo cuanto se ha referido de los convulsionarios de S. Medardo, sobre la religion del espiritismo, sobre los espíritus *golpeantes*, sobre los espíritus *visitantes*, sobre sus *manifestaciones físicas é históricas*, sobre las costumbres y prácticas de los demonios; en una palabra, tantos pretendidos hechos naturales, que carecen de explicacion natural, todo esto no contestaria á nada objetivo? No, esto prueba á aquellos que declaran increíbles los milagros, que la humanidad creará siempre en ellos, y á los que los juzgan imposibles, que un